

IMPRIMIR

EL SUEÑO DE ORO

Editado por
elaleph.com

© 2000 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservad

I EL KARDÚN

El kardún, como todo el mundo sabe, es el más bonito, delicado y astuto de todos los lagartos. Está vestido de oro como un gran señor, pero es tímido y modesto, y vive solo y retirado, a lo que debe, sin duda, que le tengan por sabio.

El kardún no hace nunca daño a nadie y no hay nadie que no quiera al kardún.

Las muchachas se muestran ufanas cuando, al pasar, las mira con ojos acariciadores y dulces, asomando su cuello azul sembrado de rubíes entre las grietas de una pared o haciendo brillar a la luz del sol los reflejos innumerables del tisú maravilloso de que está adornado.

-No es a tí sino a mí a quien el kardún ha mirado -se dicen las muchachas unas a otras-; soy yo la que le parezco más bonita, y seré su preferida. El kardún, empero, no piensa en eso, va buscando acá y allá delicadas raíces para obsequiar a sus camaradas y regalarse con ellas sobre una piedra caldeada por el sol del mediodía.

En cierta ocasión, halló el kardún en el desierto un tesoro compuesto de monedas de oro tan limpias y relucientes que parecían acabaditas de acuñar. Un rey que huía para ponerse en salvo, habíalas dejado allí para correr más de prisa, libre de aquella carga.

-¡Caramba! -exclamó el kardún-; he aquí un hallazgo que si no me engaño, me servirá para pasar magníficamente el invierno. Deben ser rodajitas de esas zanahorias frescas y azucaradas en las que sueño cuando la soledad me aburre; pero no he visto nunca tantas juntas y tan apetitosas y el kardún se deslizó hacia el tesoro, no directamente, que eso no entra en sus costumbres, sino dando un prudente rodeo. De vez en cuando con la cabeza levantada y olfateando el aire, con el cuerpo erguido y la cola derecha y vertical como un palo, se detenía indeciso, mirando en su derredor y, aplicando el oído finísimo; escrutando a derecha e izquierda, escuchando y viéndolo todo, asegurándose más y

más, avanzando a veces resueltamente como un valiente kardún y encogiéndose otras temblando de miedo, como un pobre kardún que se ve perdido lejos de su agujero; y después, decidido y alegre, arqueando el cuerpo, ofreciendo el dorso a todos los juegos de luz, arrollando los pliegues de su rico caparazón, erizando las escamas doradas de su cota de mallas, verdeando, ondulando, huyendo, levantando el polvo bajo sus dedos y los latigazos de su cola.

Era sin disputa, el más lindo de los lagartos.

Cuando llegó junto al tesoro, clavó en él una mirada escrutadora, se puso derecho como un huso, apoyóse luego en sus patitas delanteras y abalanzóse a la primera moneda de oro que se ofreció a sus dientes.

Y se rompió uno.

El kardún retrocedió dando un salto; pero volvió a la carga y escarmentado, mordió con menos fuerza y con las debidas precauciones.

-¡Están endiabladamente secas! -murmuró-. ¡Ah! los kardúns que acumulan rodajas de zanahorias para su prole, debieran conservarlas en lugares donde no perdieran sus cualidades comestibles nutritivas. Preciso es reconocer -añadió para su interior- que la especie kardún no está muy adelante. En cuanto a mí, que las comí el otro día y que gracias al Cielo, no estoy acosado por el hambre como un kardún vulgar, transportaré estas provisiones al pie del gran árbol del desierto y las colocaré sobre la hierba humedecida por el rocío del cielo y el fresco de los manantiales y me acostaré junto a ellas en la fina arena hasta que los primeros rayos del sol vengán a calentarme; y cuando una torpe y aturdida abeja, abandonando, la flor en que ha dormido, me despierte con sus zumbidos y su loco vuelo, me regalaré con el mejor almuerzo de príncipe que haya tenido jamás un kardún.

El kardún de que hablo era un kardún de acción, así es que a las palabras siguieron los hechos. Aquella misma noche, el tesoro, pieza a pieza trasladado, refrescábase inútilmente amontonado sobre un blando tapiz de musgo alto que doblaba sus tallos bajo el peso del oro. Por encima un árbol inmenso extendía sus ramas lujuriantes de verdes

hojas y flores, como invitando al viandante a echar un sueño a su sombra.

Y el kardún, fatigado del trabajo que había hecho, durmióse profundamente y soñó con las frescas rodajas.

Esta es la historia del kardún.

II JAILÚN

Al día siguiente llegó al mismo paraje el pobre leñador Jailún irresistiblemente atraído por el melodioso glu glu de las aguas corrientes y el fresco y alegre fru fru del follaje. Aquel lugar de descanso era muy a propósito para halagar la pereza natural de Jailún, que estaba aún lejos del bosque y que según su costumbre, no se inquietaba demasiado por llegar allí cuanto antes.

Como son pocos los que han conocido personalmente a Jailún, diré que era una de esas infelices criaturas que la Naturaleza crea sólo para que vivan.

Era feo, contrahecho y de muy escasa inteligencia; pero sencillo y bueno, incapaz de hacer daño a nadie, incapaz de pensar y más incapaz, aún de comprender; de suerte que su familia sólo vió en él, desde su infancia, una carga y un estorbo.

Los desprecios y repulsas a que Jailún veíase constantemente expuesto, le aficionaron, en buena hora, a la vida solitaria, y por eso escogió el oficio de leñador, a falta de los otros que no hubiera podido ejercer por impedírsele su corto entendimiento: en su pueblo le llamaban el tonto.

Los chiquillos le seguían por las calles, burlándose de él y gritando:

-¡Paso al honrado Jailún! ¡Paso a Jailún, que es el leñador más simpático que maneja el hacha y que va a hablar de ciencias con su primo el kardún en los claros del bosque! ¡Bien por Jailún!

Los hermanos del leñador evitaban su encuentro y se avergonzaban de él, ruborizándose si por casualidad le tropezaban en su camino.

Pero Jailún fingía no verlos y sonreía a los chiquillos.

Jailún estaba persuadido de que la pobreza de su vestido era la causa principal de aquellas burlas y desprecios, pues nadie juzga mal de sus dotes intelectuales; y concluía diciéndose que siendo el kardún

uno de los más bellos seres de la tierra cuando se pavoneaba al sol, debía ser también una de las criaturas favoritas de Dios; y en consecuencia, prometíase para sus adentros que, si lograba trabar íntima amistad con el kardún, procuraría que éste le cediera alguna parte de sus galas, y con ellas ataviado entraría en el pueblo deslumbrando a todo el mundo con sus magnificencias.

-Dicen -añadió, después de reflexionar cuanto lo permitía su entendimiento-, dicen que el kardún es mi primo, y siente una viva simpatía hacia ese ilustre personaje. Puesto que mis hermanos me rechazan y desprecian, no me queda otro pariente cercano que el kardún; viviré con él, si me recibe bien, aunque sólo le sirva para prepararle un lecho de hojas secas en el que pueda descansar por la noche, velar su sueño y caldearle su habitación con un alegre fuego cuando llegue el mal tiempo. El kardún -prosiguió Jailún tras de una breve pausa- puede envejecer antes que yo, porque ya era un kardún hecho y derecho cuando yo era todavía muy pequeñito, cuando su madre me lo presentó diciendo: -Mira, es todo un kardún. A Dios gracias, yo se los cuidados que necesita un enfermo y los halagos y naderías con que se les entretiene. ¡Lástima que sea tan orgulloso!

Y en verdad, el kardún respondió muy mal a los buenos propósitos y deseos, de Jailún. Al acercarse el leñador, el lagarto huyó como un rayo deslizándose sobre la arena, y no paró de correr hasta llegar a lo alto de una piedra ,donde se detuvo para lanzar al recién llegado una mirada centelleante con ojos que brillaban más que carbúnculos.

Jailún le contempló con aire respetuoso, y juntando las manos exclamó:

-¡Ah, primo mío! ¿Por qué huyes de mí? ¿No soy acaso tu amigo y camarada? No te pido más sino que me permitas vivir contigo y servirte, con preferencia a mis hermanos, por los que, sin embargo, daría mi vida gustoso, pero que me parecen menos simpáticos y amables que tú. No rechaces a tu fiel Jailún si como creo, tienes necesidad de un buen criado.

Pero el kardún se alejó todavía más, y Jailún volvió a casa de su madre llorando a lágrima viva, porque su primo el kardún no había querido hablarle.

Su madre montó en cólera al oírle y dándole unos pescozones le dijo:

-¡Vete de aquí, desdichado! Ve a reunirse con tu primo el kardún, ya que eres indigno de tener otros pariente.

Jailún obedeció, como de costumbre, y fue a buscar a su primo el kardún.

-¡Ah! -exclamó al llegar al pie del árbol gigantesco- he aquí una cosa muy rara... Mi primo el kardún se ha dormido a la sombra de estas enormes ramas, al borde del arroyo, y esto es contrario a sus costumbres. La ocasión es a propósito para hablarle de mi asunto cuando se despierte... Pero, ¿qué diantre pensará hacer con esas rodajitas, amarillas? ¿Las habrá reunido para adornar su vestido? Quizá estará de bodas. A fe de Jailún que en los bazares de los kardunes se engaña a los compradores, pues salta a la vista que esas chucherías no valen nada en comparación con las escamas del manto de mi primo. Esperaré, sin embargo, a ver lo que me dice, si está de mejor talante que de ordinario. Me tenderá aquí cómodamente, y como tengo el sueño muy ligero, me despertaré al mismo tiempo que él.

Mas apenas se hubo tendido, cruzó por su mente una idea que le llenó de temor.

-La noche está muy fresca -se dijo- y mi primo el kardún no está acostumbrado como yo a dormir a la orilla de los arroyos y en medio del bosque.

El aire de la mañana puede serle perjudicial.

Jailún se quitó su chaqueta y cubrió con ella al kardún, con toda clase de precauciones para no despertarle. El kardún no se despertó.

Hecho esto, Jailún se durmió profundamente, soñando con la amistad del kardun.

Esta es la historia de Jailún.

III

EL FAQUIR ABHOC

Al día siguiente llegó al mismo paraje el faquir Abhoc, que aparentaba hacer una larga peregrinación pero que en realidad iba buscando alguna buena ganga.

Al llegar al manantial, a cuyo borde quería descansar, vio el tesoro y al punto calculó su valor.

-¡Gracia inesperada -exclamó- que el Dios todo poderoso e infinitamente misericordioso concede a mi comunidad, después de tantos años de prueba! Y para que la conquista me resulte más fácil, lo ha puesto bajo la custodia de un inocente lagarto y de un pobre muchacho tonto.

Debemos advertir que el faquir conocía de vista a Jailún y al kardún.

-¡Alabado sea el Señor sobre todas las cosas! -añadió, sentándose a poca, distancia del tesoro. Se acabó el vestir de faquir, los prolongados ayunos y las grandes mortificaciones del cuerpo. Cambiaré de país y de vida, y compraré, en el primer reino que encuentre, una buena provincia que me produzca grandes rentas. Una vez establecido en mi palacio, sólo me ocuparé en gozar de todos los placeres, rodeado de hermosas esclavas, en medio de flores y perfumes, que recrearán mis oídos con las melodías de sus instrumentos y me servirán vinos exquisitos en copas de oro. Me voy haciendo viejo, y el buen vino alegra el corazón de los ancianos... Pero hay un inconveniente: este tesoro es muy pesado, y no estaría bien que un gran señor como yo, que tiene una multitud de criados y un ejército poderoso, se rebajase a hacer el oficio de changador, aunque nadie me viera. Para que un príncipe sea respetado por sus súbditos, es preciso que se acostumbre a respetarse a sí mismo. Creo, pues, que lo mejor es que envíe aquí a un mozo, que sea más robusto que un toro, y transporte todo este oro, que es mío, a la ciudad cercana, donde le

regalaré mi traje de faquir y algunas monedas, como suele recompensarse esos trabajos.

Después de este soliloquio el faquir Abhoc, seguro de que nada tenía que temer respecto a su tesoro por parte del kardún ni del imbécil Jailún, que estaba tan lejos como el lagarto de apreciar el valor de aquellas monedas, se dejó vencer sin resistencia por el sueño, y durmióse profundamente soñando con su provincia, con su harén lleno de las más singulares beldades de Oriente y con su vino de Schiraz espumeante en sus copas de oro.

Esta es la historia del faquir Abhoc.

IV EL DOCTOR ABHAC

El día siguiente llegó al mismo paraje el doctor Abhac, que era un hombre muy versado en leyes y que habíase extraviado en su camino, absorto en el estudio de un texto muy complicado, del que los juriscultos habían dado ya ciento treinta y dos interpretaciones diferentes. Estaba a punto de dar la interpretación ciento treinta y tres, cuando la vista del tesoro se la hizo olvidar, llevando su pensamiento al terreno escabroso de los hallazgos, de la propiedad y del fisco, materia en la que no había pensado en mucho tiempo.

-Es evidente -dijo el doctor Abhac-, que ha sido el kardún quien ha descubierto este tesoro, y el kardún no alegrará, seguramente, su derecho de descubridor para reclamar su parte legal en el reparto; por lo tanto, el despojo del dicho kardún es un hecho. En cuanto al fisco y la propiedad, creo que el lugar es indefinido, común, propio de todos y de cada uno, por lo tanto ni el Estado ni el particular tienen nada que ver en esto. En el caso presente, es una circunstancia feliz el que este arroyo marque, como lo marca seguramente, una delimitación en litigio entre dos pueblos belicosos, porque probablemente ocasionaría guerras largas y sangrientas el conflicto entre las dos jurisdicciones. En consecuencia, yo haría una acción inocente, legítima y providencial al mismo tiempo, llevándome de aquí este tesoro, si pudiera transportarlo en un solo viaje. Respecto a estos dos ventureros, uno me parece un zamborotudo leñador y el otro un miserable faquir, gente sin nombre, sin discernimiento, ni talento, que indudablemente se han acostado aquí para repartirse mañana el tesoro a la buena de Dios, pues nada saben de leyes y comentarios y están los dos a la misma altura. Pero si hicieran el reparto sin el debido proceso, yo perdería mi reputación, y... Mas como el sueño me vence, a causa de la alegría que me ha producido este asunto, voy a hacer acto de posesión poniendo algunas monedas en mi turbante, para que conste ostensible y perentoriamente

ante el tribunal, si se entabla el pleito, mi derecho de prelación: el que posee la cosa por aspiración a poseerla, tradición de haberla poseído o por ser el primer ocupante, es considerado propietario; así está escrito.

El doctor Abhac llenó su turbante con tantas piezas de convicción, que el pobre hombre se pasó gran parte del día transportándolas al paraje donde los rayos del sol disipaban las sombras de las ramas protectoras. Volvió aún muchas veces acarreado hasta su turbante nuevos testimonios, y al fin se decidió a echarse a dormir, exponiendo su cabeza descubierta al relente de la noche.

No debo preocuparme por despertar a tiempo -dijo, apoyando su occipucio recién rasurado en el turbante que le servía de almohada. Esos infelices comenzarán a disputar en cuanto amanezca, y se considerarán dichosos encontrar a mano un doctor en leyes que resuelva el asunto; así aseguraré mi parte y mis honorarios.

Y el doctor Abhac se durmió magistralmente, soñando con pleitos y oro.

Esta es la historia del doctor Abhac.

V

EL REY DEL DESIERTO

El día siguiente, al caer de la tarde, llegó al mismo paraje un famoso bandido, cuyo nombre no conserva la historia, pero que era en toda la comarca el terror de las caravanas, a las que imponía enormes tributos, y que por esta razón se le llamaba el Rey del desierto, si las crónicas de aquellos tiempos no mienten.

No habíase adentrado nunca tanto en el desierto, porque aquel lugar no era muy frecuentado por los viajeros, y la vista de aquel manantial y de aquellas sombras regocijaron su corazón, generalmente insensible a las bellezas de la naturaleza, de manera que decidió permanecer allí un rato.

-He estado verdaderamente inspirado -dijo entre dientes al ver el tesoro. El kardún vela aquí, siguiendo la inmemorial costumbre de los lagartos y dragones, guardando ese montón de oro, del que no sabría qué hacer, y esos tres insignes gorriones han venido para repartirse el dinero. Si cargara yo con todo ese botín, despertaría al kardún, el cual despertaría a su vez a esos tres miserables, y entonces tendría que habérmelas con el lagarto, el leñador, el faquir y el hombre de leyes, que querrían defender y disputarme su parte. La prudencia me dice que es mejor que me tienda a su lado, puesto que va a cerrar la noche y ellos parecen dispuestos a pernoctar aquí, y me aproveche de la obscuridad para despacharlos con un buen golpe de canjiar. Este lugar es poco frecuentado y no es de temer que alguien me impida transportar estas riquezas; pero no me iré sin haberme almorzado antes a ese kardún, cuya carne es muy sabrosa, según he oído decir a mi padre.

Y se durmió a su vez soñando con asesinatos, robos y lagartos asados.

Esta es la historia del Rey del desierto, que era un ladrón y se le llamaba así para distinguirlo de los otros.

VI EL SABIO LOCKMAN

Al siguiente día llegó al mismo paraje el sabio Lockman, filósofo y poeta; Lockman, el amante del género humano, el maestro de los pueblos y consejero de reyes; Lockman, que buscaba las más apartadas soledades para meditar sobre la naturaleza y sobre Dios.

Y Lockman avanzaba con paso lento, porque estaba debilitado por los años, pues aquel mismo día se cumplía el tercer centenario de su nacimiento.

El sabio se detuvo estupefacto ante el cuadro que ofrecían los alrededores del árbol del desierto, y reflexionó un instante.

-El espectáculo que vuestra divina bondad muestra a mis ojos, ¡oh sublime Creador! -exclamó al fin-, en tierra muchas enseñanzas inefables, y mi pobre alma lo contempla llena de admiración por las lecciones que resultan de vuestras obras, y de compasión por los desgraciados que no os conocen.

He aquí un tesoro, como lo llaman los hombres, que puede quitar con frecuencia a su dueño la tranquilidad del alma y de la conciencia.

He aquí el kardún que ha encontrado estas monedas de oro, e iluminado por el admirable instinto de que habéis dotado a su especie, cree que son rodajas de raíces secadas por el sol.

He aquí al pobre Jailún, que deslumbrado por el vistoso ropaje del kardún ha olvidado sus propios vestidos, porque su inteligencia no puede desgarrar, para llegar hasta vos, las tinieblas que le envuelven como las mantillas al recién nacido, y adorar, en toda magnificencia, la mano todopoderosa que ha puesto tantas galas a la más vil de sus criaturas.

He aquí el faquir Abhoc, que ha fiado en la timidez natural del kardún y en la imbecilidad del leñador, para apropiarse estas riquezas y pasar en la opulencia su vejez.

He aquí el doctor Abhac, que ha contado con la disputa que surgirá con motivo del reparto de estas engañosas vanidades de la fortuna, para ofrecerse como mediador entre los contendientes y llevarse doble parte del tesoro.

He aquí el Rey del desierto, que ha llegado el último y que acaricia ideas fatales y proyectos criminales, como es propio de los desdichados a quienes vuestra gracia infinita abandona a las pasiones de la tierra, y que sin duda se promete degollar durante la noche a los que llegaron primero, según deja adivinar la fuerza con que empuña su canjiar.

Y los cinco se han dormido para siempre bajo la sombra mortífera del ponzoñoso upas, cuyas semillas funestas arrojó un soplo de vuestra cólera al corazón de los bosques de Java.

Cuando hubo dicho todo esto, Lockman se prosternó y adoró a Dios.

Y cuando, Luckmán se levantó, se alisó, la lengua barba y continuó:

-El respeto debido a los muertos, nos veda el dejar que sus restos sirvan de pasto a las fieras del desierto; los vivos juzgan a los vivos, pero los difuntos sólo por Dios pueden ser juzgados.

Y quitó a Jailún su hacha de leñador para excavar con ella tres fosas.

En la primera enterró al faquir Abhoc.

En la segunda sepultó al doctor Abhac.

En la tercera dio sepultura al Rey del desierto

-En cuanto a ti, Jailún -prosiguió Lockman-, te llevaré lejos de la influencia mortífera del árbol ponzoñoso, para que tus parientes y amigos, si te queda alguno después de muerto el kardún, puedan venir sin peligro a llorar sobre tu tumba; y haré esto, hermano mío, porque extendiste tu chaqueta, sobre el kardún dormido para preservarle del frío.

Dicho esto, llevó el cadáver de Jailún lejos de aquel sitio y le cavó una fosa en una especie de cueva tapizada, de flores que los arroyuelos del desierto bañaban con frecuencia sin inundarla nunca, y rodeada de

árboles cuyas ramas agitadas por el viento esparcían en derredor frescor y aromas.

Cuando hubo concluido, Lockman se alisó nuevamente la barba, y después de reflexionar un momento fue a buscar el kardún, que había muerto al pie del árbol ponzoñoso de Java.

Lockman cavó la quinta fosa, destinada al kardún, encima de la de Jailún, en un pequeño declive más expuesto a los rayos del sol que son la delicia de los lagartos.

-¡Dios me libre -dijo Loekman- de separar en la muerte a los que en vida se han amado!

Después abrió otra fosa más profunda que las anteriores y enterró en ella el tesoro.

-Esta precaución -dijo sonriendo-, puede salvar la vida de un hombre o la de un kardún.

Luego Lockman echó a andar trabajosamente para ir a acostarse junto a la fosa de Jailún, y antes de llegar, sintióse desfallecer a causa de sus muchos años.

Y cuando Lockman llegó a la sepultura de Jailún, desfalleció por completo; cayó pesadamente al suelo, elevó su corazón a Dios y su alma voló al Cielo.

Esta es la historia del sabio Lockman.

VII EL ESPÍRITU DE DIOS

El día siguiente llegó en los aires uno de esos espíritus de Dios, que sólo hemos visto en sueños, y bajaba, remontábase de nuevo, parecía perderse en el azur infinito, volvía a descender y cerníase nuevamente a una altura que la imaginación no puede medir, agitando sus largas alas azules, como gigantesca mariposa.

A medida que se acercaba, se iban soltando los bucles de su cabellera, rubia como el oro fundido, y que el viento hacía ondear.

Después, se posó en una ramita sin que la hoja se doblara ni la flor se tronchara bajo su peso; y por último comenzó a revolotear rozando con sus alas la recién abierta tumba de Jailún.

-¡Ah! -exclamó-. Aquí yace Jailún, Jailún que será recompensado en el Cielo por su inocencia y sencillez.

-Y de una de sus alas azules que rozaban la fosa de Jailún, desprendióse una plumita muy pequeña, que súbitamente arraigó, brotó y se desarrolló, formando el más hermoso penacho que jamás haya adornado la tumba de un rey.

Luego reparó en el poeta, que dormía el sueño de la muerte con la felicidad pintada en su venerable rostro.

-¡Oh! -dijo el espíritu-, mi buen Lockman hubiera querido rejuvenecer para acercarse más a nosotros, pues al fin y al cabo ha pasado tan pocos años entre los hombres, que éstos no han tenido tiempo de aprovecharse de sus lecciones. Ven, sin embargo, hermano mío, ven conmigo; despierta de tu sueño para seguirme a la mansión eterna, a la presencia de Dios.

Al mismo tiempo posó en la frente de Lockman un beso de resurrección, lo levantó con ligereza de su lecho de musgo y le remontó tan alto en el espacio, que ni la vista del águila hubiera podido descubrirlo.

Esta es la historia del ángel.

VIII

FIN DEL SUEÑO DE ORO

Lo que acabo de contar sucedió hace muchísimos siglos, y a pesar del tiempo transcurrido el nombre del sabio Lockman no se ha borrado de la memoria de los hombres.

Y a pesar de haber pasado tantos siglos, el upas sigue extendiendo sus ramas produciendo una sombra letal, entre dos arroyuelos que siguen corriendo sin cesar.

Esta es la historia del mundo.

FIN